

LOS NUEVOS

Baldomero Lillo

Primum est vivere et deinde philosophare, dice un vulgar aforismo latino que debiera ser como el exponente de nuestra literatura hispanoamericana. Hasta el presente nuestros escritores han vivido, haciendo las honrosas salvedades del caso, de imitaciones más ó menos fáciles, tratando de reflejar todo lo que el arte europeo exporta á través de malhadadas traducciones ó todo lo que ciertos entusiastas logran recoger en lecturas mal digeridas. Así, por un Rubén Darío, ¡cuántos Mendés, Lorraines y Verlaines en miniatura no tenemos! Y por un Vaz Ferreira, ¡cuántos Nietzsches y Emersones de pacotilla no se codean por estas benditas tierras de indios! ¿No sería, acaso, muchísimo más congruente aprender á sentir y á comprender, sin necesidad de muletas, mediante nuestro esfuerzo, la excelstitud maravillosa y virgen de nuestra existencia cotidiana? Exaltemos nuestra vida, fuerte y fecunda, hasta el más acabado modelo de perfección artística; acerquémonos á su fuente de Juvencio, en busca de los secretos de la eterna armonía, poniendo el oído atento á lo que llamaba el infortu-

nado Maurice de Guérin *les bruits de la Nature*: «¡Ah! qué bellos son estos ruidos de la Naturaleza, estos ruidos que llenan los aires, que se levantan con el sol y le siguen, que siguen tras el sol como un séquito sigue á un rey.»

Que la Naturaleza sea nuevamente, como querían los poetas latinos, la musa fuerte de la vida, la hembra dura que fecunde los sueños del lírico en una cópula sagrada. Esto puede ser grotesco, pero es provechoso, pues tendrá el carácter de una lección de energía que les sentará á maravillas á los locos de hoy de que hablaba el maestro. Alejados de las *turris eburneas*, aprendamos á vivir, como quería Spinoza, no á modo de un imperio en un imperio, sino como una parte en un todo. Y no es por cierto que se pretenda imponerle al artista la traba de hierro de la imitación de la Naturaleza para alcanzar la perfección que pedía Dryden, *To imitate Nature well is the perfection of Art*, sino que ha de salir de ella como la larva de la tierra, sintiendo profundamente su alma máter y llevándola en su cerebro como la plumilla volandera lleva el grano que ha de fecundar los surcos. Es esta la concepción panteísta que Gabriel Alomar vislumbró en el arte futuro cuando teorizaba en su *Estética arbitraria*: «El poeta ha de unirse á la naturaleza naturada, y en una gran cópula ha de fecundarla, convirtiéndola en naturaleza naturante, de la que salga, radiosa y viva, la obra, obra y naturaleza á un tiempo, es decir, idealidad y realidad, en identidad suprema.»

Es preciso volver á lo primitivo en literatura, á la sencillez predicada por Saint-Georges de Bouhélier («No creo que el arte pueda salvarse sino por medio de la sencillez»); á la perdida humildad literaria que pedía Andrés González Blanco («Algunas

veces he pensado que, para ser siempre frescos y originales en arte, sería congruentísimo volver á la perdida humildad literaria: al *ensayo* de Montaigne, donde se confunde historia, filosofía, erudición», etc.); al culto de la Naturaleza sin ser esclavo, como lo fueron los románticos Isaacs, Arboleda ú Olmedo, quienes, en fuerza de su ingenuidad, llegaron á falsear el verdadero concepto del panteísmo naturalista; ni llegar á hacer de la tierra el culto grosero de un Restif de la Bretonne, esto es, viviendo apegados á ella en todo lo que tiene de minucioso y de grosero, con el laudable pretexto de observar la vida tal como es, sin falsearla, por arte y capricho de una imaginación antojadiza. Tan craso sería este segundo error como el primero: quien, pretendiendo esquivar un escollo, fué á dar de narices contra el segundo, no ganó, en suma, más que la falsa creencia de haber realizado una evolución cuando, si bien se mira, fué un retroceso.

Queriendo reaccionar contra el cerebralismo de los parnasianos y contra los desplantes imaginativos de los románticos, Zola con sus discípulos de Medán dieron en la mafia de operar un trastorno colosal en la literatura francesa; lo consiguieron, ciertamente, hasta más allá de sus sueños, valiéndose de exageraciones no menos censurables que las de sus predecesores. Por motivos casi análogos, en nuestra América hispana, agobiada todavía por ciertos escritoruelos chirles que deforman la obra de los maestros, se comienza á hacer sentir un movimiento de reacción parecido que ha de conducir á resultados harto más benéficos y laudables. Como buenos imitadores del gusto francés y de todo el exotismo exportado por los editores parisinos, fuimos sorprendidos, durante cinco lustros, por las

novedades que nos espataban á través de sus entusiasmos fáciles, como Gómez Carrillo, Rubén Darío, Lugones, Nervo y tantos otros que sería largo enumerar. ¿Fué perjudicial esta corriente de cosmopolitismo que nos arrastró como á mansos carneros selváticos? Los hechos nos prueban que no, pues acaso de esta flaqueza ó de los errores de tal empacho sacaremos las fuerzas necesarias para reaccionar contra el perjuicio de tantas banalidades, que á no haberlas conocido antes nos hubieran esclavizado tarde ó temprano. En la busca obstinada del preciosismo europeo nos perdimos á nosotros mismos, matando la levadura de indios que por dentro y fuera llevábamos: por cierto que quienes creyeron haber llegado á rivalizar con los maestros, mitad *snobs* y mitad rastacueros, apenas si tenían el aspecto de esos labriegos endomingados que llegan los días de Navidad á las aldeas ribereñas á lucir sus arreos nuevos y churriguerescos. Hoy el deslumbramiento de aquellos mirajes ha pasado á la leyenda, y gracias á cierto buen sentido el indio está por resucitar entre nosotros. París ha perdido ya para nuestros artistas algo de ese encanto loco de sirena encantadora, y acaso acabará por dejar de ser la Meca ideal que unos cuantos poetas de buena voluntad dieron en la gracia de proclamar como *el cerebro del mundo ó la Babilonia moderna*, como si junto á todas las novedades que allí se imaginan nada valieran nuestras ciudades americanas, rudas y severas, nuestros campos imponderables, nuestras montañas vírgenes, y en conjunto, toda esta vida americana, rica y vigorosa, tan llena de sorpresas incomparables como de sanas lecciones de energía, que son muy otras que las enseñadas por los *cabarets* de Montmartre ó por ciertas cortesanas neurasténicas.

En este sentido la reacción literaria que se viene operando desde hace cuatro ó cinco años á esta parte, con escritores vigorosos como Rufino Blanco Fombona, Ricardo Rojas, José de la Riva Agüero, Roberto Carpio, José Santos Chocano y Baldomero Lillo, merece la exaltación entusiasta del más alto elogio, ya que ella nos llevará á descubrir nuevos Eldorados en nuestra América virgen, india pobre y esquiva que desconoce los afeites de las trastiendas y las farsas de entre bastidores, pero que esconde el tesoro de un vientre fecundo donde se forjan las futuras energías de la raza latina.

I

Para comprender bien la dura lección de energía que entraña la vida de Baldomero Lillo, sería preciso recordar la de ese vagabundo atormentado que escribió las páginas admirables del *Anunciador de las tempestades* y de *Los tres*; así también el autor de *Sub-terra* vivió mucho y muy amargamente antes de hilvanar las primeras líneas de sus cuentos.

Nacido en Lota, sobre el mar y en pleno centro del tráfico mercantil, apenas si conoció de niño las alegrías de una infancia enfermiza y retraída. Hijo de un padre aventurero y obstinado, hubo de vivir apegado al regazo materno, en el oscuro rincón provinciano de aquel puerto compuesto de operarios rudos y de comerciantes endurecidos en el trabajo. Sin embargo, á pesar de los muchos

achaques que en más de una ocasión estuvieron por dar al traste con sus pocas energías de muchachuelo, hay en esa época de la vida de Baldomero Lillo un rasgo revelador de un temperamento romántico é inquieto. Pocos años después del regreso de su padre de California, Cipango fabuloso de modernos navegantes, adonde marchara en busca de fortuna, impulsado por sus aspiraciones de mozo casadero, el muchachín buscaba á menudo el reposo de sus rodillas esperando saber siempre algo más en la historia de sus aventuras de cateador, cuando en las lejanas tierras de los pielesrojas y los cow-boys buscaban las huellas auríferas entre las peñas de las cordilleras. Ora fuese que todas aquellas peripecias adornadas extravagantemente despertaron la imaginación del niño, ora que todo aquello le hacía sentir un afán desconocido de ver cosas extrañas, el hecho es que en más de una ocasión creyó posible partir con su padre hacia esas tierras desconocidas en busca de fabulosos Eldorados. Desgraciadamente, la realidad se encargaba de sustituir el plan de sus excursiones fantásticas con todas las crudezas de los más rudos menesteres.

Por esos años recorrió con su familia los minerales de Chañarcillo y Lota para marcharse después durante algún tiempo á Lebu, donde comenzó su primera educación formal y metódica en el Liceo.

Es Lebu una de las playas más hermosas de Chile, bañada siempre por un mar agitado que al arrastrarse entre las rocas finge los más extraños ímpetus en su lucha diaria contra los elementos. La riqueza de sus minas y el crecimiento paulatino de sus industrias llevan hacia esas regiones multitudes de comerciantes y obreros de todas las lati-

tudes, habiéndose formado una población cosmopolita, en la cual predomina el elemento vasco. La Naturaleza es allí propicia como en ninguna parte: su clima no tiene las inclemencias de otras regiones, á no ser tan sólo los aguaceros que durante algunos inviernos crudos suelen hacer más difícil la vida entre sus habitantes. Además, la existencia lebulense tiene cierto aspecto pintoresco por ser uno de los puertos más frecuentados por embarcaciones de segundo orden, dirigidas por marineros de todas clases y nacionalidades.

En ese medio transcurrieron los años del despertar á la pubertad de Lillo, en medio de una vegetación floreciente y junto á un mar caprichoso y rico. Mientras su padre dirigía en las entrañas de la tierra las labores de centenares de operarios, él solía asistir á los pozos de las minas cuando en los días de derrumbes se extraían los cadáveres que arrojaban las jaulas; otras veces, algún capataz condescendiente le llevaba hacia las galerías subterráneas de las minas de carbón mientras se hacía el revestimiento de algún boquete ó se horadaba en la roca un nuevo zaguán. Así, durante el transcurso de los días, fué aprendiendo á familiarizarse con todos los dolores de esas vidas obscuras que se agotan entre las lobregueces más profundas de las obscuras cavernas. Quien haya descendido alguna vez hasta el fondo de una de esas pavorosas minas de carbón de piedra, donde el aire se hace irrespirable y el agua se cuele á través de todos los resquicios aumentando en un suplicio dantesco el horror de las inclemencias de tierra, podrá comprender hasta qué punto esas primeras impresiones de juventud moldearon el alma de Lillo en las angustias del más negro de los dolores. En uno de los mejores cuentos de *Sub-terra* nos penetramos de

todo el horror de esas faenas brutales que derriban á los más fuertes, agotando las fuerzas en menos tiempo que el que necesitaría la más traidora de las enfermedades. Oigamos un pasaje emocionante de «El pago» que será el mejor capítulo descriptivo y autobiográfico: «Pedro María, con las piernas encogidas, acostado sobre el lado derecho, trazaba á golpes de piqueta un corte en la parte baja de la vena. Aquella incisión, que los barreteros llaman *circa*, alcanzaba ya á treinta centímetros de profundidad, pero el agua que se filtraba del techo y corría por el bloque llenaba el surco cada cinco minutos, obligando al minero á soltar la herramienta para extraer con ayuda de su gorra de cuero aquel sucio y negro líquido que, escurriéndose por debajo de su cuerpo, iba á formar grandes charcos en el fondo de la galería. Hacía algunas horas que trabajaba con ahínco por finiquitar aquel corte y empezar la tarea de desprender el carbón. En aquella estrechísima ratonera el calor era insostenible. Pedro María sudaba á mares y de su cuerpo, desnudo hasta la cintura, brotaba un cálido vaho que con el humo de la lámpara formaba á su alrededor una especie de niebla cuya opacidad, impidiéndole ver con precisión, hacía más difícil la dura é interminable tarea. La escasa ventilación aumentaba sus fatigas; el aire cargado de impurezas, pesado, asfixiante, le producía ahogos y accesos de sofocación y la altura de la labor, unos setenta centímetros escasos, sólo le permitía posturas incómodas y forzadas que concluían por entumecer sus miembros, ocasionándole dolores y calambres intolerables.»

Así vivió durante algún tiempo en Lebu Baldomero Lillo, observando de cerca las angustias de esas vidas sombrías que se consumen lejos del sol,

sub-terra, en lo más profundo de la entraña virgen. A veces solía interrumpir el reposo de esa su existencia tranquila cuando se aventuraba con otros muchachos á recorrer en las lanchas pescadoras las costas siempre verdes y el mar siempre tormentoso, hasta los riscos del Huape ó hasta la punta de Millonge. En este afán por las aventuras marinas Baldomero parecía haber heredado el espíritu inquieto de su padre, y acaso por un extraño reflejo ancestral, sentía despertarse en él las inquietudes náuticas de sus abuelos y el ansia de riqueza de todos los aventureros costeros que partían á diario á las cacerías de ballenas ó hacia los lavaderos de oro.

Poco más de diez y seis años tenía Lillo cuando su padre, después de algunos negocios fracasados en los lavaderos de Caramávida, regresó con toda su familia á Lota. Entonces se inició en la vida de Baldomero un período nuevo, lleno de sinsabores y sorpresas crueles. Hostigado por la curiosidad vivió días enteros en el fondo de las minas, en trato frecuente con los capataces y los maquinistas de los ascensores, como para darse cuenta cabal de todos los tejemanejes en aquel trabajo endiablado y cruel. Más de alguna vez, sobre su cabeza, sintió los estampidos violentos de los barrenos y las explosiones del grisú en el fondo de las galerías, y como espectador ávido de sensaciones extrañas, estuvo á punto de ser el blanco de una desgracia irreparable. Todo el conjunto de aquella vida de explotación negra y sin tregua, fué destilando en su espíritu un residuo de dolor y amargura que más tarde habrían de estallar en los arranques soberbios de sus cuentos como una venganza justiciera en favor de las muchas víctimas que vieron sus ojos, con las pupilas vueltas hacia el cielo y los puños

crispados por el horror, en el último rincón de la tierra negra.

Instalado definitivamente en Lota, pasó Baldomero primeramente á ser empleado subalterno en una de las pulperías de la compañía minera, y más tarde, tras larga y meritoria constancia, jefe de ella. Era este almacén, con ribetes de despacho, la *quincena* del *Buen Retiro*, donde vegetó seis años, con resignada mansedumbre, soportando las amenazas de su naturaleza raquítica y las crueldades de un trabajo pesado entre toda aquella gente minera que por necesidad y obligación había de pasar semanalmente ante los mesones del negocio. Por ese entonces, y acaso debido al aburrimiento de una existencia uniforme y puritana, sintió despertarse en él una voracidad incansable por la lectura: lectura sin método ni selección de ninguna especie. Leía todo lo que caía en su poder, desde las fabulosas y disparatadas aventuras de Rocambole, hasta las novelas de Julio Verne y Mayne Reid. Un día, por una de esas extrañas casualidades que suelen decidir de ciertos destinos, el modesto jefe de la pulpería del *Buen Retiro* compró al azar, en una librería de Concepción, tres libros: *La casa de los muertos*, de Dostoyewski, *Germinal*, de Zola, y *Humo*, de Tourgueneff. Á partir desde ese instante dejó de leer á los Julio Verne, Dumas y Rocamboles habidos y por haber, y su gusto literario se encauzó dentro del más perfecto método estético. Luego cayeron en sus manos las obras de Maupassant, Eça de Queiroz, Dickens y Balzac, maestros bajo cuya influencia había de desenvolverse en toda su amplitud la personalidad del escritor, con sus cualidades sobresalientes: observación constante, emoción humana hasta el dolor y sobriedad descriptiva.

Sin embargo, á pesar de lo mucho que leía, jamás intentó hilvanar una mala línea, y fué preciso que años más tarde, en 1899, ya instalado en Santiago y más por amor propio de probar sus fuerzas que no por sentar plaza de escritor, ensayara sus facultades como narrador y cuentista, después de intentar ó atentar contra la poesía.

Fatigado en Lebu con esa vida angustiosa que pesaba sobre sus hombros como jefe de la *quincena*, resolvió quemar sus naves en aras de un sueño largo tiempo acariciado. Hizo resolución de su pobreza honrada y se trasladó á Santiago como empleado en una compañía de seguros. Tras él quedaba el recuerdo de su existencia amarga de solitario atado al crestón de un trabajo bueno para galeotes: Lota con sus minas devoradoras de energías; el *Buen Retiro* con la tiranía de su explotación codiciosa; el mar abierto como una perspectiva de tentación ante el infinito, y por fin la gleba oscura, amenazante siempre y siempre sometida al despotismo del miserable mendrugo.

Tranquilo ya en su oficina universitaria, después de amargos días de inquietud vividos en empleos pasajeros, comenzó Lillo á frecuentar las tertulias literarias de su hermano Samuel, donde acudían Dublé Urrutia, Brenes Mesen, Bórquez Solar, Gana, Labarca Hubertson, Prieto Molina, Pezoa Velis, García Monje, Gamboa, Pérez Kallens, Cabrera, Pedro Antonio González y tantos otros que llevaban el pandero de la literatura por esos años benditos. En ese cenáculo se leían los cuentos, estudios y versos de última data, que habían de ser publicados en las revistas ó en algún libro; allí pontificaban Thomson y Dublé con aires de sibilas impenetrables; Bórquez recitaba una que otra estrofa de su *Campo lírico* y Pérez Kallens leía

sus prosas líricas. Así, aquellas reuniones tenían cierta solemnidad grave y doctoral, y de su seno nacieron hermosas páginas que hoy pertenecen al pasado de una bohemia adorable.

Un tal contacto despertó en Baldomero Lillo su animosidad literaria, y entre gallos y media noche compuso un buen día un soneto para la revista de Ricardo Fernández Montalvá. ¡Un soneto! ¡Qué más daba cuando en aquellas veladas inmortales todo el mundo se ereía con derecho para hacer versos interminables y copiosos! Con este atentado lírico, que para su mayor honra pasó desapercibido, nació al mundo de las letras el autor de *Sub terra*.

Pocos meses después escribió su primer cuento «Caza mayor» que, publicado en un diario de Santiago, nació para morir en la más completa obscuridad aun cuando era ya la revelación portentosa de un escritor de talento. Pero sucedió que en cierta ocasión, revisando Baldomero un libro de recortes de periódicos recopilados por Rafael Díaz Lira, se encontró de manos á boca con su cuento incluido entre un sinnúmero de producciones selectas de escritores extranjeros. Grande fué la sorpresa suya al saber que el cuento había sido colocado en ese florilegio barato por creérsele obra de un gran escritor español. Así, gracias á tal extraña coincidencia, vino á dar en la cuenta de que aquel que estimaba su primer fracaso no era tal y ya había en el mundo quien sabía estimar la primera audacia de su pluma. Cobró alientos entonces y días más tarde compuso «Juan Fariña» para enviarlo al certamen de la *Revista Católica*. Obtuvo el primer premio y un elogio sin reservas. Tal triunfo había de decidir para siempre su fortuna literaria. En 1904 publicó su primer libro, *Sub-terra*, cuya edición se agotó en tres meses. Los juicios críticos

se sucedieron unos á otros consagrando en ese libro sencillo y rudo la labor de un escritor de nuevo cuño honrado y tesonero como ninguno.

Desde entonces ha continuado Baldomero Lillo su obra literaria, trabajando con una constancia y una conciencia verdaderamente asombrosas. Entre el dolor de una vida amargada por todas las desgracias, soportando las más brutales embestidas del destino, ha erigido el culto de la voluntad en una lección de fortaleza. Nadie como él en nuestra literatura ha vivido tan intensa y honradamente todas las páginas de sus libros, y así sus mejores cuentos nacieron al calor de su propia vida, entre las inquietudes del que ha sabido de todas las amarguras y la angustia del que se ha despertado alguna mañana con una esperanza menor y con un dolor más.

II

La obra de Baldomero Lillo en nuestra época es un milagro de sinceridad y de estudio austero. Este hombre, que sabe del sabor amargo de la vida, pues ha vivido intensamente el dolor ajeno y el propio dolor, escribe más por desahogo sentimental que no por necesidad literaria. Cuando otros se quemaban las pestañas devorando libros y haciendo filigranas ó bella prosa de florilegio, desvelo de asustadizos escolares, él aprendía á ganar á diario el misero mendrugo en una oficina minera clavada en el corazón de un terruño árido é inhospitalario.

Y entre el ajetreo de sus rudos menesteres, aguzaba su mirada de observador penetrando hasta el fondo de toda aquella organización plutocrática y señorial que compone feudos absolutos y dicta leyes caprichosas de protección obligada para mantener el imperio único del mayor incremento de la riqueza.

Sus ensueños de muchacho crecieron así con él; fué hombre antes de tiempo por imperiosa tiranía de la necesidad. De esta manera no hizo más que prepararse para los dolores venideros y para las amarguras sorpresivas de la vida. Después de los treinta años comenzó á rehacer en sus cuentos el recuerdo de su vida con la tranquila sobriedad de quien se dispone á narrar una historia ajena á toda pretensión de supervivencia literaria.

Hay en cierta época de la vida de Lillo un paréntesis doloroso, del cual data un escepticismo reposado y la franca amargura de su carácter. Debido acaso á un trastorno fisiológico repentino, sobre cuyo origen sólo se podrían allegar conjeturas, como ser las de cierto mal hereditario, un accidente cualquiera y un trastorno sexual, su naturaleza comenzó á decaer hasta llegar á un casi completo agotamiento físico, agotamiento que había de estacionarse en un estado de neutralización indefinida. A este periodo de verdadera crisis moral y física alude ciertamente Santiván en su estudio publicado hace algunos años: «Siendo aún muy niño, Baldomero Lillo abandona la casa paterna para *ganarse la vida*... Y debe de haber sido larga, tormentosa, su odisea. Así, por ejemplo, en uno de sus cuentos publicados en *El Mercurio* bajo el título de «Tienda y trastienda», me parece vislumbrar algo muy doloroso, muy duro, entre el sano humorismo estilo Charles Dickens con que cuenta

las aventuras de un niño al abocarse con la vida... la misera vida de los pobres. Lentamente fué cayendo la tristeza y *el sutil veneno sobre su naturaleza y cambiando el brillo de su mirada por una que huye de nuestros ojos para encastillarse en huraña melancolía*, en un ensimismamiento abrupto, receloso.» Sin embargo, en abierta lucha contra todos sus dolores, ha mantenido su virilidad intelectual enhiesta sobre una voluntad férrea, pronta siempre á sobreponerse á las muchas contrariedades de aquellos que al nacer no se han traído consigo todas las primicias de la vida regalada.

A pesar del sano humor que campea en sus cuentos y de ciertos arranques bizarros de su vida, Baldomero Lillo es un estoico á su manera: la experiencia le enseñó el secreto de las desilusiones y de la energía; de aquí proviene el reposo hondo de literatura actual que no se agita ni declama con arranques ó alaridos efectistas.

III

El autor de *Sub terra* es el cultivador por excelencia en nuestra literatura de un género que apenas si habían tocado, desflorándolo, escritorzuelos chilenos de al tres por cuarto y en el que son maestros eternos en el arte universal Gorki y Pérez Galdós, Dostowyewsky y Zola. En cierta manera los ejemplos de Tourgueneff y de Tolstoi orientaron á Lillo hacia el naturalismo glorificador del dolor humilde y de la tragedia de la vida cotidiana. Su

temperamento se acomodó fácilmente en el campo de ese arte que todo lo saca de la existencia vivida intensamente y deja en segundo término á la imaginación y á la estética.

Al evocar el ambiente para el desarrollo de la fábula en sus cuentos, Lillo se funde en el pasado, lo ausculta y acaba por hacer de la realidad algo íntimo y palpable: entonces es cuando aparece el hombre apasionado por la violencia, arrojando á los expoliadores con la ira de una justicia cercana; su exaltación acaba por hacer de algunos de sus cuentos nuevos evangelios de los parias, de las víctimas de una inconsciencia secular; pero son los evangelios humildes de las grandes ideas y de los hechos descarnados, vividos y sentidos hasta la asfixia moral, sin discursos fáciles y teorizaciones antojadizas. «Es que el autor de *Sub-terra*—según comentaba Bórquez Solar—se ha empapado bien íntimamente del dolor, que es el mismo para todas las razas explotadas, en cualesquiera de las zonas del planeta en que las haya empotrado la iniquidad dominante, así en los plomos de Siberia, en las salinas de Carlsbad ó en las hullas de Lota.» Otro tanto escribía Ricardo Jaimes Freyre: «Los miserables que sufren la maldición del trabajo cruzan por sus páginas silenciosamente, vencidos por la inutilidad del esfuerzo. Es la esclavitud del salario, más terrible que la vieja esclavitud, porque su amenaza no es el látigo, sino el hombre.»

Jamás un grito pone el alivio siquiera sea de un miraje en los labios de sus gañanes ó en el de sus esclavos sometidos á la ley de una tiranía obligada. Mas cuando la protesta estalla en algún corazón, entonces bien podrían temblar los cimientos del mundo y de toda la organización social: la llama del odio suele prender fácilmente, y el dolor

se rebela, se agazapa, hasta herir en la mitad de la espalda. Es el caso de aquel «Viento negro», muchacho hurafío, hoso, sombrío, que al sentirse humillado coge el combo, y á fuerza de golpes hace estallar las chispas allí donde el grisú amenaza acabar con todo en un instante de descuido. Rebelión suprema que en su sacrificio arrastra á muchas víctimas inocentes; pero la venganza ha dado una lección de energía y ha repercutido como un reto lanzado á las estrellas.

¿Quién que haya leído «El chifón del diablo», «Quilapán», «Era él solo» ó «El pago», no ha sentido asomar á sus labios la más justa cólera, cólera y esperanza de próximas reivindicaciones? La historia del lanzamiento de aquel indio testarudo que se apega á su suelo como un cachorro á las mamas de su madre, y que acaba por morir en él con los brazos en cruz, como en un abrazo eterno, ¿no es un símbolo dolorosamente humano de todo un régimen de favoritismos que hasta hoy ha cosechado vientos de odio y de injusticia? Aquellos blancos que se gozan en el más bárbaro de los tormentos al arrastrar á un indio ó al herir el pudor casi sagrado de sus mujeres, ¿no son mil veces más salvajes y odiosos que todos los bárbaros de las más remotas latitudes? O ese don Simón que siente especial regocijo burlándose de sus inquilinos al pretender desmascarar á un vagabundo, ¿no tiene instintos más rudos que los del hombre brutal y primitivo que habitó las cavernas en las primeras épocas de la tierra que no del propietario civilizado de nuestros días? Y, por fin, toda la recua de expoliadores que después de hartarse en el fondo de las minas arrojan hacia la miseria el despojo de muchas vidas, ¿no son mil veces más bárbaros y tiranos que los señores medioevales de horca y cuchillo?

Tal vez en este sentido podrá ser tildada la obra de Baldomero Lillo de pesimista y atrevida por todo lo que hay en ella de verdad humana: de sangre caliente que se revela dentro de las venas, de labios que quisieran gritar y se ven sellados por la tiranía feroz del salario, de puños que se crispan y dientes que se entrechocan desafiando á las generaciones venideras con el gesto resignado con que los campesinos vendeanos sorbian los vientos de la Revolución cuatro lustros antes de caer la Bastilla.

Los que como él han asistido á diario á la tragedia del trabajo y saben del dolor callado que se resigna en el alma de los parias que sobrellevan la cruz de sus pobreza, pueden hablar y hasta gritar con gesto altivo esperando nuevas redenciones justificadas. Sus argumentaciones no son ya simples caprichos ideológicos, sino vidas hechas protesta y protesta de la carne que se rebela. Así, al arrojar el socavón de la mina al pobre Diamante, uno de los tantos inválidos del trabajo, no faltará una voz que clame por él presintiendo una aurora roja: «¡Pobre viejo, te echan porque ya no sirves! Lo mismo nos pasa á todos. Allí abajo no se hace distinción entre el hombre y la bestia. Agotadas las fuerzas, la mina nos arroja como la araña arroja fuera de su tela el cuerpo exangüe de la mosca que le sirvió de alimento!»

Y no es que la acritud de estas palabras afirme en Lillo á un apóstol de bellas teorizaciones, ciego por ciertos idealismos algo *arrières*; al contrario, muy contados son sus cuentos en los cuales se encuentran estas divagaciones filosófico-humanitarias. Gusta más hacer sentir el peso de sus razones mediante la fuerza de los hechos, que vienen á ser en este caso la lógica más contundente é inamovible. Después de leer ciertas partes de «El chiflón del

diablo» ó el «El pago», fácilmente nos damos á pensar que en esas líneas, descarnadas y sombrías hasta la angustia, caben las teorías de todas las escuelas anárquico-sociales, «como en un rayo de sol caben todos los colores» según el decir de un excelente poeta. Prestemos atención, por ejemplo, á ciertos pasajes de *Sub-terra*: «Eran los inválidos de la mina, los vencidos del trabajo—escribe Lillo—. Muy pocos eran los que no estaban mutilados y que no carecían ya de un brazo ó de una pierna. Sentados en un banco de madera que recibía de lleno los rayos del sol, sus pupilas fatigadas, hundidas en las órbitas, tenían una extraña fijeza. Ni una palabra se cruzaba entre ellos, y de cuando en cuando tras una tos breve y cavernosa, sus labios cerrados se entreabrían para dar paso á un escupitajo negro como la tinta.»

Tiene este cuadro el relieve dantesco de una desolación que pone espanto y caridad en los corazones más duros. ¿No vale acaso su dolor intensamente humano por todas las páginas más ó menos fáciles de ciertos panfletos compuestos por pedantes de levita ó por estudiantes impresionables?

Lillo no es en verdad un rebelde, como pudieran acusarlo las apariencias, sino un compasivo dueño de un gran corazón. Por eso el dolor del sufrimiento ajeno ha echado tan hondas raíces en su espíritu, encontrando en su pluma un medio de propalarlo á los cuatro vientos con la energía de un canto de bronce imperecedero.

IV

En contraposición con el literato doloroso que se complace en evocar todas las más negras miserias de la tierra, está en Lillo el humorista regocijado, fresco y oportuno. Lo que sí que en este aspecto su obra es poco menos que desconocida. Contados son los lectores que recuerden «Tienda y trastienda» y «Mis vecinos». Sin pretensiones literarias de ninguna especie quiso hacer el novelista en «Tienda y trastienda» una especie de autobiografía en forma de cuento íntimo, dejando adivinar ciertos estados de alma y ciertos recuerdos que son la mejor historia de sus correrías de muchacho. Más tarde, al recordar esas páginas, ha creído haber traicionado con deslices demasiado ligeros el concepto sobrio, harto honrado por cierto, que él se ha formado del cuento. Error este como muchos otros que, para mayor felicidad nuestra, debemos agradecerle un instante de precipitación, ya que con él nos ha dejado una de las páginas más frescas y donosas de nuestra literatura de costumbres.

En «Tienda y trastienda» apunta á cada paso, como muy acertadamente lo advertía Santiván, el espíritu dickensiano, del Dickens de *David Copperfield* y de *Pickwick Paper*; esto es, un espíritu agudo de observación y una sencillez cercana á la maestría. Tal vez Lillo leyó mucho al autor de *Olliver Twist*; mas supo independizarse de su tutela conservando las grandes cualidades del maestro. Además,

bien claramente se advierte que Lillo ha zurcido tales recuerdos á vuela pluma, como para ser publicados en un periódico á guisa de articulejos sin valor alguno y firmados con seudónimo por añadidura. Pero he aquí una de esas traiciones de la facilidad que á menudo le resultan con sabor tan humano á los escritores: Baldomero hizo de estos capítulos algo tan hermoso y sereno, que bien se merecen el honor de ser conservados intactos en nuestras letras, sin enmiendas de ninguna especie.

En «Tienda y trastienda» Lillo se supone (y bien se ve que es una suposición vivida) un muchachuelo recién llegado á una ciudad cualquiera á caza de empleo. Un diario le facilita el derrotero de la prestigiosa casa Pirayán y Compañía, donde, al cabo de muchas penurias y habiendo formulado promesas sin cuento, llega á ser empleado subalterno, esto es, mitad vendedor y mitad criado. Pronto se entera de la honradez cabal de la *maison* Pirayán gracias á algunos incidentes sobradamente curiosos, de entre los cuales valga el siguiente como ejemplo de esa sin par *vis cómica*, digna de un Mesonero Romanos, que fluye de todos esos recuerdos pergeñados *calamo currente*: «Subido en una escalerilla—recuerda—ejecutaba concienzudamente la tarea, cuando de pronto un tragaluz situado á la altura de mi cabeza me hizo testigo de una escena curiosísima.

«Desde mi observatorio vi como el señor Pirayán—abandonando precipitadamente el umbral de la puerta, desde el cual, en zapatillas y calado el gorro, observaba el movimiento de la calle—se entraba en la tienda, desierta á esa hora, y se metía debajo del mostrador, agazapándose como un gato puesto en acecho. Antes de que volviera de mi

sorpresa, oí el grito de un vendedor que pregonaba:

»— ¡Huevos, huevos fresquitos!

»Cuando estuvo frente al dintel, se detuvo, y á una seña del empleado, avanzó hasta el mostrador, donde colocó la cesta con la mercancía, entablándose inmediatamente el siguiente diálogo:

»—¿A cómo la docena?

»—A peso, patrón.

»—Y por todo ¿cuánto pides?

»—No sé, patrón... tendría que contarlos.

»—Los compro todos á cincuenta centavos la docena.

»Al mismo tiempo que hacía esta oferta, apoderábase sorpresivamente del canasto y lo ponía en el suelo al lado adentro del mostrador.

»El dueño protestó escandalizado:

»—¿Está loco, patrón? ¡Cincuenta centavos! ¡Ni robados que fueran!

»El dependiente insistía repitiendo:

»—¡Cincuenta centavos con canasto y todo! Los pago en el acto.

»Entretanto, mi principal, desde su escondite tomaba delicadamente del cesto de huevos puesto á su alcance los más hermosos y los metía en su faltriquera.

»Mientras yo contemplaba esta escena inverosímil, el dependiente había vuelto á poner encima del mostrador la cesta aligerada de peso, y exclamaba iracundo:

»—¡Bueno, hombre, llévate los; que te paguen el peso los tontos!

»El propietario del canasto recuperó su mercancía, y salió diciendo socarronamente:

»—Será usted muy lince, patroncito; le robará los huevos al águila, pero á mí no me mete nadie el dedo en la boca.»

En la casa Pirayán aprende claros menesteres del perfecto comerciante, como ser á robar quitándole á la vara veinte centímetros mediante una ligera maniobra de los dedos, y á halagar á los parroquianos sacándoles con dulzona amabilidad el dinero á fuerza de embustes. Todo marcha así á pedir de boca, aun cuando el sueldo no llega nunca, pues el señor tendero entre otros procedimientos se gasta el muy práctico de no pagar á sus empleados, mostrándoles la puerta cuando les asalta la mala idea de cobrar la remuneración obligada. El señor Pirayán es un perfecto caballero... pero de industria, como muchos otros que felizmente no visten y calzan.

En «Mis vecinos» el humorista que hay en Lillo se trueca en satírico agudo hasta la mordacidad; especie de diablo cojuelo que se cuele á través de todos los resquicios y va de aquí para allá palpando con su rabo de Belcebú burlón el interior, no ya de las casas, sino de las personas.

La casa en que habitan «Mis vecinos» tiene todo el misterioso encanto de aquella «Casa por alquilar», de Carlos Dickens; sus habitantes «eran, pues, cuatro familias con un total de treinta miembros, á lo menos los que moraban en aquella casa, todos los cuales parecían disfrutar de una envidiable salud, según lo mostraba la montaña de comestibles que entregaban ahí diariamente los proveedores».

«Mis vecinos» engullen y engullen á diario con el misterio de toda familia burguesa que se respeta puertas adentro, hasta que al fin un día los acreedores invaden sus posesiones amenazando con acabar de mala manera con sus moradores. Sin embargo, «Mis vecinos» no se inmutan por esto y atinan con más de una treta para contentar á aque-

lla canalla voraz. Un buen día el diablo cojuelo logra comprender algunos de los procedimientos que ensayan «Mis vecinos» en las compras, gracias á la espontánea confesión de un vendedor de aves. «La primera vez que por mi desgracia me presenté en la casa—dice éste—me compraron, pagándome sin regatear, los pollos y gallinas que llevaba. Esto me engolosinó y volví al día siguiente con una docena de patos que acababa de comprar casi de balde en la Estación Central. Pedí por ellos un disparate, pero contra lo que yo esperaba me dijeron que aunque la especie era muy barata no se interesaban porque tenían un casero antiguo que les entregaba las aves por semanas y no querían hacerle un desaire, dejándolo por otro á quien no conocían. Como echar zancadillas á los de la profesión es algo que los polleros no podemos resistir, dije que si el otro les dejaba las aves por semanas, yo se las dejaría por meses. Y vea usted lo que es la tonta vanidad y el afán de desbancar á uno del oficio. Rogué para que me recibiesen los patos y tragué el anzuelo, creyendo que yo, inocente de mí, era el que tenía la caña de pescar en la mano. Y tan estúpidamente confiado me mostré, que cuando eché de ver la tramoya estaba ya clavado hasta la coronilla.»

Así viven nuestros vecinos, ó sean los vecinos entrevistados por Lillo. ¿Que se ha marchado este vendedor?—se dirán ellos—, pues ya llegará otro tan ingenuo que acepte entrar á conocer la casa, y una vez en su interior le ganarán, jugando á las cartas, una cesta de capones y gallinas. Todo terminará de cualquier modo cuando se sirva á la mesa la cazuela rociada con vino de crédito, grasa que no se ha pagado y gallinas robadas al iluso vendedor de aves. Y á pesar de todas estas triqui-

ñuelas, «Mis vecinos» es gente de pro que se reseta y se da sus humos de aristocrática ralea.

Este humor intencionado, fino dentro de su aparente envoltura burguesa, es el Lillo espontáneo y natural como lo que más. Ya en el cuento «Caza mayor» había dado muestras acabadas de su vena cómica, cuando describía así á ese Napoleón canino que se alejaba llevando su ración sobre el rabo: «Dirigió una mirada al llano, y allá lejos percibió al dogo atravesando los arenales: iba con una prisa endemoniada: incrustado en el nacimiento del rabo llevaba á Carlomagno y diseminados en el lomo, bajo la hirsuta piel, los Doce Pares...» que además de ser de Francia son de las municiones de un escopetazo.

En «Cañuela y Petaca» apurará, años más tarde, estas mismas situaciones cómicas, más estilizadas y literarias. Pero á través de todo el ropaje artificial campea el mismo espíritu zumbón que al par que ríe con risa fresca observa, insinuando con intención quevedesca, sencilla y voluble, hasta la *boutade*. Así, Cañuela y Petaca han salido de caza: Petaca atisba la loica que han seguido durante largo rato, se echa la escopeta á la cara, y cuando va á disparar grita la voz de Cañuela como un clarinete:

«—¡Espera, que no está cargada, hombre!

»La loica agitó las alas y se perdió como una flecha en el horizonte.

»Petaca se alzó de un brinco, y precipitándose sobre el rubillo lo molió á golpes y mojicones. ¡Qué bestia y qué bruto era!

»Ir á espantar la caza en el preciso instante en que iba á caer infaliblemente muerta. ¡Tan bien que había hecho la puntería!

»Y Cañuela entre sollozos balbuceó:

»—¡Porque te dije que no estaba cargada!...

»A lo cual el morenillo contestó iracundo, con los brazos en jarras, clavando en su primo los ojos llameantes de cólera:

»—¿Por qué no esperaste que saliese el tiro?»

Este es el humor de Lillo: no consiste, pues, en hacer pies forzados con juegos malabares de palabras ó con frases equívocas; nada de esto; bien se advierte su horror por el *calembour*. Su espontaneidad cómica es tan natural en él, que ni siquiera necesita del menor esfuerzo para revelarse. Empero toda la obra literaria de Lillo, exceptuando los cuentos antes citados, se dijera que es la negación más perentoria de la sátira ó del humor, lo cual viene á probarnos una vez más que en ciertos espíritus aparentemente cerrados á tales ó cuales aspectos ideológicos, viven en armonioso maridaje las sorpresas más ouestas.

V

Jamás fué Lillo un imaginativo antojadizo ó un *dilettante* en su obra; nada de esto; aparte de los humanos cuentos de *Sub terra*, y aun en aquellos de *Sub sole*, que son aparentemente obra de pura imaginación, como «El raptó del sol», «El oro», «Nieves eternas», «Irredención», se siente palpar el aliento del hombre amargado por una inquietud eterna. Olvida la tiranía de la tierra un instante, pero sin salirse de ella, y por poco que se hurgue en sus fábulas se comprenderá todo el calor de vida

que alientan sus ideaciones. No gusta Lillo de simbolismos más ó menos fáciles, pero cuando se trata de expresar y hacer sentir una idea abstracta con toda la fuerza de un raciocinio acabado, tiene que recurrir á ellos mal que esto extrañe el sacrificio de una aparente realidad. Así, ¿de qué otra manera más acabada hubiera podido hacer valer su casi tesis de la solidaridad humana, si no hubiese recurrido á un poema en forma de cuento fantástico, abigarrado y vigoroso como la mejor de sus *nouvelles*? Oigámosle, por ejemplo, en ese final de «El raptó del sol», cuando pinta á la humanidad de sus sueños reducida al postrer refugio de la agrupación para contrarrestar la muerte con el fuego de los corazones unidos por una cadena gigantesca: «Disipáronse en los espíritus las sombras—escribe—, y el más allá, el arcano indescifrable, salió del caos de su negra noche. Y cada cual se penetró de que el incendio que ardía en sus corazones irradiaba sus lenguas fulguradoras hacia lo alto, donde se condensaban en un núcleo que fué creciendo y agigantándose hasta estallar allá arriba, encima de sus cabezas, en un torbellino deslumbrador. Y aquel foco ardiente era el sol, pero un sol nuevo, sin manchas, de incomparable magnificencia que, forjado y encendido por la comunión de las almas, saludaba con la aura pompa de sus resplandores á una nueva humanidad. Tan sólo en un cuento de esta especie era posible desenvolver el símbolo de todo un problema tan idealista como abstracto. Además, eso ha facilitado para mover en él una legión de personajes, cada uno de los cuales tiende á encarnar una fuerza ó un vicio. Y es que á veces, dentro de los simples procedimientos de la realidad, se hace poco menos que imposible ubicar tales ideaciones que tienen el empuje doctrinario de una

teoría disimulada bajo el ropaje de un capricho imaginativo. El procedimiento es, ciertamente, difícil y traicionero y fué muy de la predilección de los escritores de los siglos XV y XVIII cuando, ya fuera para estampar ciertas verdades ó ya para insultar á un grande, se requerían semejantes recursos como único medio de escapar á las venganzas personales y á las iras de ciertos potentados.

Con «Juan Fariña» ensayó Lillo por primera vez esta forma de literatura alegórica, haciendo un prodigio de contraste con la realidad de sus cuentos habituales, descarnados hasta el más fiero rigor de verosimilitud. Empero, á pesar de todo, en esos sus alardes de imaginativo, siempre persiguió un fin determinado: así fuese, por ejemplo, abrumar con la sanción de una terrible justicia ciertos caprichos aristocráticos, cual en aquella princesa voluptuosa que hizo arrancar los ramajes en flor de los durazneros para adornar una sala de fiestas y que al llegar, después de su muerte, á recibir el premio de sus virtudes, se encuentra con que en el platillo de sus culpas pesan todos los frutos que agotó en las flores sacrificadas. En el platillo, las flores habían desaparecido y en su lugar veíase una montaña de duraznos en sazón, sobre la cual giraban miríadas de seres, desde el corpúsculo imperceptible hasta el insecto alado de forma perfecta. Abejas zumbadoras, mariposas de alas irisadas, aves de plumajes multicolores revoloteaban en redor de los frutos en legiones innumerables, destacándose por encima de todo un inmenso follaje que en forma de cono invertido se perdía en lo infinito... Y entonces fué cuando resonó la voz terrible: «¡Mujer, tu culpa es irrescatable! Todo el peso del infierno no ha podido equilibrarla. Al extirpar el germen, has tenido en su curso la proyección de

la vida, cuyo origen es Dios mismo... Ve, pues, con Satán por toda la eternidad.»

¿Puede darse un símbolo más humano? Fuerza es conocer en él el mismo calor de vida que anima las mejores páginas de *Sub-terra*, lo que sí que en él el escritor está doblado de filósofo teorizante, como sucede en «Juan Fariña», cuento vigoroso, mitad humano, mitad simbólico, exaltación de las fuerzas destructoras de la Naturaleza que por extraño capricho suelen encargarse de las grandes liberaciones.

En este aspecto de sus cuentos, Baldomero Lillo se ha esforzado por alcanzar la misma simplicidad que en sus páginas anteriores, consiguiendo en parte tal objeto. Fácilmente se adivina el esfuerzo ideológico y literario que ha debido gastar para componer «El rapto del sol», que en esta manera es su obra predilecta y representativa: el esquema del cuento supone una gran ideación y un plan casi cerrado, fuerte en hondas meditaciones. De aquí que esa simplicidad de *Sub terra* haya traicionado á su pluma por dos motivos capitales: primero, el retorcimiento imaginativo le llevó á ser más lógico que sencillo; y segundo, lo convencional en sus historias deja ver más fácilmente al autor que compone, que no al hombre que vive y vibra humanamente.

VI

Lillo ha sentido siempre un profundo desdén por todo lo que sea trabajar el estilo de sus cuentos. Si es cierto que en algunos de ellos se advierte cierta preocupación por hacerse atildado, esto se debe, en gran parte, al afán de ser claro y conciso dentro de la mayor simplicidad. Sus descripciones de paisajes están encuadradas en el marco de una sencillez maupassatiana, exenta de todo artificio y complicación. Esta cualidad suya viene á reforzar vigorosamente esa otra que caracteriza su obra con su sello de sinceridad única: saber mantenerse dentro de un absoluto impersonalismo como el novelista de «Nuestro corazón». Porque Baldomero Lillo le tiene un manifiesto horror al *yo* aun en tratándose de poesía: así, en sus novelas cortas se siente la sensibilidad suya, el vigor de su aliento, el empuje de su emoción y los apasionamientos de un temperamento sanguíneo y fuerte, mas no advertimos al autor ni adivinamos sus salidas de tono.

Además de estas relevantes cualidades que contribuyen á hacer destacarse extraordinariamente el relieve de sus personajes en determinados ambientes, es preciso recordar la sobriedad descriptiva de sus cuentos: «Era una hermosa y fría mañana de Julio—dice en «El ahogado»—. El sol, muy inclinado al septentrión, ascendía en un cielo azul de un brillo y suavidad de raso. Como hálito de fresca boca de mujer, su resplandor, de una tibieza sutil, acaricia-

ba oblicuamente, empañando con su vaho de tenue neblina el terso cristal de las aguas. En la playa de la ensenada, las chalupas pescadoras descansaban en su lecho de arena, ostentando la graciosa y curva línea de su proa...» Tal vez ha comprendido muy bien Lillo que nada es más perjudicial para la unidad de la acción en una novela corta que esas descripciones minuciosas hasta el rebuscamiento, donde todo está subordinado á un antojadizo afán de explorar hasta el último resquicio de un árbol ó de un terreno, ya se trate de un paisaje, ó los arranques de un corazón y las mutaciones de una voluntad si se trata de un caso psicológico. Se diría que en la mayor parte de los casos, sobre todo en *Sub-sole*, que, como última obra, responde más fielmente á su técnica del momento, prefiere ser lapidario sin proceder á saltos. «Mientras los gananciosos rodeaban solícitos al vencedor—dice al describir una riña—, el dueño del gallo vencido lo cogió de las patas, y vivo aún lo lanzó con fuerza lejos de la cancha. Cruzó como un proyectil por entre el florido ramaje y fué á estrellarse contra el troneo de un peral, cuyas ramas, sacudidas por el choque, dejaron caer sobre esa carne palpitante una lluvia de blancos y aterciopelados pétalos...» En *Sub-terra*, por la inversa, ciertas descripciones adolecían de peregrinas ingenuidades que por cierto no hemos de recordar, ya que Lillo las ha expurgado en la próxima edición que prepara de este su libro, defectos todos que no se han de atribuir á inexperiencia, sino que más bien á cierto ficticio idealismo apostólico suyo, cuando influyó aún por sus primeras lecturas, creía buenamente que el arte con vista á las cuestiones sociales necesita de discursos y de prédicas fáciles. El ejemplo de Zola, y acaso también el de Blasco Ibáñez

en *La Barraca* ó en *El intruso*, pudo más en su formación intelectual que otras muchas obras de arte como las de Eça de Queiroz, donde con tanta donosura é ingenio se burla el insigne portugués de todos esos dómínes didactizantes, absolutistas é irracionales, amigos de confundir el arte con la sociología. ¿Hay acaso algo más discutible que esa literatura que después de espetarnos un discurso tan altisonante como paradójico, donde se alude á la justicia social, al derecho de gentes ó á las prerrogativas individuales en las garantías de la libertad, trata de regalarnos el oído con la eterna palidonia de la necesaria solidaridad en bien de un credo futuro de redención? Todo esto es antojadizo y tan dependiente de ciertas circunstancias como una digestión de un aperitivo acertado ó de un reposo bien hecho.

Un crítico nuestro, que como nuestro y por ser de lo más granado que existe en lengua castellana es bien conocido—me refiero á don Pedro N. Cruz—, escribía hace cinco lustros: «El arte de por sí ni moraliza ni enseña, aun cuando la inspiración brote de verdades morales, filosóficas, científicas, ó de la clase que sean. Si el poeta se vale de su arte como medio de propaganda, hará simplemente un pan como unas hostias, nada conseguirá, perderá su tiempo. Uno va en busca de un goce y le salen con ofrecerle un trabajo. ¿Qué ha de suceder? Que todo el mundo deja el último y coge el primero, si lo hay, y si no lo hay se va y lo deja todo ahí plantado.» Esto es tan cierto y tan justo, sobre todo en tratándose de individuos cuya personalidad es vigorosa—el caso de Lillo—, como el resultado lógico de un caso integral ó como la demostración de uno de los teoremas de Pitágoras. En el presente, la reacción contra el naturalismo, así

en Francia como en Inglaterra y España, ¿acaso no se basa en ese deseo de exaltar nuevamente una corriente idealista, casi romántica, que nos liberte del *soi-dissant* pedagógico sentido social de la literatura? No es que con esto condenemos ese tipo de la novela que, apoyada en la más humana realidad, así las de Galdós, Balzac, Dickens ó Baroja, tiende á hacernos revivir las vidas ajenas que algo tuvieron de interesante en el curso de su paso. (Almas que pasan dejando su estela—diría Amado Nervo.) Por la inversa, el arte social ha sido y seguirá siendo necesario, puesto que arranca de la realidad sin deformarlas de las sensaciones vividas, que no de simples caprichos más ó menos fáciles y doctorales. Este es muy otro que aquel que, basado en la documentación meticulosa, acaba por falsear á los personajes en fuerza de teorizar y arrastrarse *terre a terre*. Baldomero Lillo lo ha comprendido también á tiempo así, y su obra presente tiende á hacernos vivir en sus páginas lo más real é intensamente, siguiendo en parte aquello de Eça de Queiroz: *Sobre a nudez forte da Verdade, o manto diaphano da Phantasia*.

VII

En su afán por ser real y vigoroso hasta la máxima simplicidad, Lillo no ha cuidado el estilo, como advertía antes, y apenas si le preocupa el afán de escribir con claridad. Esto no es bastante: es preciso que las palabras respondan á las

emociones del momento traduciendo honda y hermosamente las representaciones objetivas del artista. ¿Acaso la perfección del estilo en Valle Inclán, Flaubert ó Altemberg perjudica en algo la intensidad del sujeto ó de la fábula? Por la inversa, contribuye á darle un relieve extraordinario, animando la creación desde el detalle insignificante hasta la armonía del conjunto. En algunas páginas de *Sub-terra* la intensidad de la visión logra hacernos obligar ciertos rasgos chocarreros de estilo que acusan una lastimosa mediocridad de gusto. Así, quien lea ese admirable cuento «Caza mayor» extrañará la rudeza incongruente de una adjetivación lamentable. En otros casos, como sucede en «Vísperas de difuntos», hay ciertas evidentes faltas de armonía en el empleo desastroso de los tiempos verbales: «En la tienda desierta las sombras *invaden* los rincones borrando los contornos de los objetos. La negra silueta de la mujer se *agigantaba* y su tono *adquirió* lúgubres inflexiones.» Esto es bárbaro; ¿cómo es posible que en un período tan corto puedan armonizarse un tiempo de presente, uno de copretérito y un tercero de pretérito de indicativos? Esto entraña un error de lesa gusto estético. En cambio, sí que se comprenden tales transposiciones en tratándose de cambios de períodos como el siguiente: «La propietaria escuchaba atenta y muda, sus ojos se animaban bajo el arco de sus cejas, cuando la voz opaca y velada disminuía su diapasón... Mucho tiempo permaneció junto á la puerta...» Tal variación de la frase explicativa en copretérito al período narrativo de pretérito, que reanuda la oración, indica muy bien la sucesión inmediata de tiempo que advierte el lector.

Más adelante, y en el mismo cuento, se lee: «...*La cabeza parecíame* que pesaba sobre los hom-

bros como un peso enorme»; ¿no sería preferible en esta otra forma? «Me parecía que la cabeza pesaba sobre mis hombros...» Seguramente el empleo de la forma dativa del pronombre personal sería más correcta y elegante que en el primer caso.

Suelen también encontrarse en *Sub-sole* algunos pronombres relativos embutidos de una manera harto ruda en los más frescos períodos de su prosa. Valgan los dos casos siguientes: «A juicio de la futura suegra, éste no debía efectuarse hasta que Sebastián no fuese propietario de una chalupa que reemplazase su misérrimo cachucho, *el cual*, según ella, era un viejo cascarón y no valía tres cuartillos»; ó este otro: «Pero la miseria puso en él una lágrima y un hilo de sus harapos, la Expiación y la Ignorancia, despojándose de su venda, la colocó también en el platillo vacío, *el cual* salió esta vez de su inmovilidad, inclinándose ligeramente.»

Son todos estos pequeños descuidos, como algunos otros de menor importancia, así por ejemplo, el empleo de algunos galicismos, deslices de gerundio de dudosa legalidad y faltas de concordancia, errores que perjudican la intensidad del estilo y la armonía de la composición. Bien me sé que Lillo no repara gran cosa en estas pequeñeces, pero fuerza es que reconozca que de la correlación armónica entre los detalles depende en gran parte el vigor y la cohesión de una prosa clara, artística y expresiva. El estilo en la obra literaria viene á ser algo así como el marco en un retrato: contribuye á destacar el fondo y la figura con cierto aire de distinción y gentileza.